



Dr. Manuel Pablo Maza Miquel, S.J.*

Nuestra región y nuestro país se encuentran ante una peligrosa encrucijada. Sabemos que la Universidad tiene una misión para orientar qué derrotero emprender. El ensayo *“Misión de la Universidad”* de José Ortega y Gasset elaborado en los años tensos entre las dictaduras de Primo de Rivera (1923 – 1930), la de Berenguer (1930 – 1931) y la Segunda República (1931 – 1936) puede orientarnos a la hora de responder a los desafíos que enfrentamos.

José Ortega y Gasset (1883 – 1955) escribía para lectores con cierta formación, en una prosa ágil llena de metáforas y giros afortunados. Hijo y nieto de periodistas, se afanó por incidir en el medio intelectual. De los 25 a los 27 años realizó estudios en Alemania, su segunda patria. Fundó y dirigió la Revista de Occidente entre 1923 y 1936. Diputado en las Cortes para los años 1931 – 1932, experiencia frustrante. Al iniciar la Guerra Civil en 1936, se ausenta. Al regreso, junto a Julián Marías, fundó en 1948 el Instituto de Humanidades. Dirigió la importante colección Biblioteca de Ideas del siglo XX en la Editorial Espasa. Fue traductor de grandes pensadores y un apasionado participante de las tertulias, donde afloran las respuestas auténticas a las ineludibles circunstancias de la vida, ajenas a los decires oficiales. Ortega y Gasset contaba con 47 años cuando publicó en 1930 *“Misión de la Universidad”*. Acababa de publicar su obra más conocida, *La Rebelión de las Masas* (1929). Ya llevaba 16 años dando muestras de un pensamiento vigoroso cuando se aventuró a interpretar la historia propia en *España Invertebrada* (1921). Todavía su pensamiento madurará más al vérselas con Galileo, Leibniz, Dilthey y Toynbee, pero en 1930 ya poseía las flechas más agudas de su carcaj.

Reseña del libro

José Ortega y Gasset, *La misión de la Universidad (1930)*

Tres ideas centrales recorren toda la obra de Ortega y Gasset.

Primera: considerar la realidad radical como la suma de la existencia humana individual y la circunstancia, es decir, el ámbito de los problemas vitales que enfrenta el sujeto.

Segunda: toda verdad es una verdad en perspectiva. Por eso necesitamos saber, desde dónde miramos, a qué le queremos responder, cuáles son nuestras circunstancias, qué nos está aconteciendo.

Y tercera: necesitamos conocer el sistema de creencias en el cual vivimos, pues ahí está el ser primordial de la existencia humana.

La *“Misión de la Universidad”* consta de cinco secciones.

La primera sección aborda la cuestión fundamental: el *“temple que los estudiantes deben conquistar, si quieren, en efecto y en serio, ocuparse de una reforma universitaria”*. Solo se reformará la Universidad si se acierta a definir plenamente su misión. Sería un error limitarse a corregir los abusos. Hay que atreverse a proponer los nuevos *“usos”* de la Universidad. No lo lograrán imitando las Universidades de *“pueblos ejemplares”*, porque nada puede eximirnos *“de resolver luego nosotros originalmente nuestro propio destino”*. Lo que cuenta es llegar por nuestro propio pie. Todo el que se limita a imitar está en retraso, porque renuncia al esfuerzo de ser auténtico, *“de crear sus propias convicciones”*.

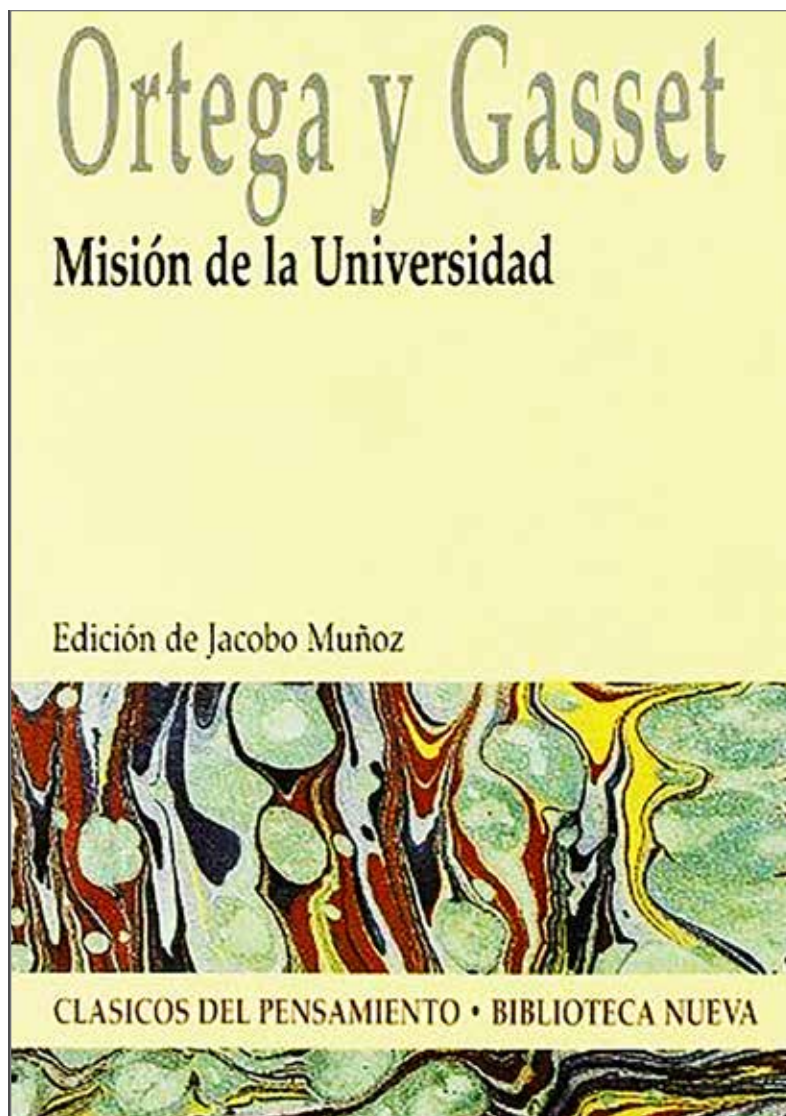
¿De qué se ocupa la Universidad? Se ocupa de transmitir la cultura, formar para las profesiones y realizar la investigación científica.

*Dr. Manuel Pablo Maza Miquel, S.J.: Profesor asociado de la PUCMM, Ph.D., historia de América Latina, Georgetown University, Washington, D.C., Licenciado en Teología Fundamental, Pontificia Universidad Gregoriana, Roma.

En términos de historia y filosofía, ¿qué está recibiendo el estudiante universitario actual (1930)? Está recibiendo “un triste residuo”, ornamental y vagamente educativo de su carácter y de su inteligencia. En la Edad Media, la Universidad se ocupaba del “sistema de ideas”, de ese repertorio de convicciones llamadas a dirigir efectivamente su existencia. Pero, según Ortega, el ciudadano medio no posee las ideas de su tiempo, “es el nuevo bárbaro retrasado con respecto a su época, arcaico y primitivo en comparación con la terrible actualidad y fecha de sus problemas”. ¿Cómo va a vivir e influir vitalmente en sus circunstancias quien ignora “los grandes cambios históricos que han traído a la humanidad hasta la encrucijada del hoy”?

Por otro lado, Ortega apunta que la Universidad no puede enseñar todo lo que pretende enseñar, ni tampoco el estudiante está en condiciones de aprender todo lo que se le quiere enseñar. No aceptar esta limitación es fingir lo que no es. “Quien no puede lo que quiere, que quiera lo que pueda” (Leonardo Da Vinci).

La segunda sección del ensayo de Ortega y Gasset trata sobre el principio de la economía en la enseñanza, el manejar



adecuadamente la escasez. Para lograrlo, que la enseñanza universitaria parta del estudiante (Rousseau) no del saber, ni del profesor. La Universidad vivió su hora más auténtica cuando partió de los estudiantes. También debe podar lo que se enseña. Quedarnos con lo absolutamente necesario para la vida del hombre; reducirnos a lo que el estudiante puede aprender con holgura y exigirlo absolutamente.

La tercera sección de su ensayo se ocupa de lo que la Universidad tiene que ser “primero”: la Universidad, la profesión y la ciencia. Antes que nada, la Universidad debe situar al hombre medio –a la altura de los tiempos–. Por eso, la función primaria de la Universidad es la enseñanza de las grandes disciplinas culturales, a saber. 1. la imagen física del mundo (Física), 2. los temas fundamentales de la vida orgánica (Biología), 3. el proceso histórico de la especie humana (Historia), 4. la estructura y funcionamiento de la vida social (Sociología) y 5. el plano del Universo (Filosofía). También la Universidad debe ocuparse de hacer del hombre medio un buen profesional por haber asimilado los procedimientos intelectualmente más sobrios, inmediatos y eficaces a cada profesión. Ortega y Gasset concluye que, aunque la Universidad es inseparable de la ciencia, la ciencia es cosa tan alta que excluye al hombre medio. “El científico viene a ser el monje moderno”. Es ridículo pretender que el estudiante normal sea un científico. De ahí que el autor exhorta a los jóvenes: “¡la vida auténtica consiste en la alegre aceptación del inexorable destino, de nuestra incanjeable limitación!”. Al dar el predominio a la investigación, la Universidad ha eliminado la cultura. Quedémonos con la ciencia estrictamente necesaria y ocupémonos de formar profesionales.

En la cuarta sección, Ortega y Gasset profundiza aún más la relación entre cultura y ciencia. Las profesiones bizquean cuando pretenden ser lo otro, cuando no aceptan su limitación de ser una actividad práctica. La medicina se pierde cuando en lugar de curar se dedica a querer ser ciencia pura.

“Por lo mismo, nunca han abundado tanto las existencias falsificadas, fraudulentas. Casi nadie está en su quicio, hincado en su auténtico destino, porque el hombre medio no está formado para tratar con el mundo,

dirigirse a él, actuar en él y ocuparse de él". El ser humano no puede vivir sin forjarse una "interpretación intelectual" de su mundo y de su posible conducta ante él. Nadie se libra de necesitar un repertorio de convicciones. Pero hoy en día, el hombre medio es un hombre sin manos, condenado a una vida menor, al desconocer el sistema de ideas vivas de su tiempo. Va "en carreta", preso de las ideas de otros tiempos, mientras pasan a su lado "poderosos automóviles".

Atravesamos una época de terrible incultura, porque muchos no poseen una idea completa del mundo y del ser humano. Se detienen a esperar a que las ciencias expliquen científicamente el universo, pero el atributo más esencial de la existencia es su perentoriedad: la vida es siempre urgente. Ni la vida, ni la cultura, que es su interpretación, pueden esperar.

No se trata de que asumamos un barniz con el que hombres ociosos pretenden adornar nuestras vidas, se trata de caminar a plena luz los caminos de la vida escuchando los gritos del mundo actual, enormemente complejo, preciso y exigente. Por eso hay que devolver a la Universidad su tarea de descubrirle al ser humano con claridad y precisión el gigantesco mundo presente, donde tiene que encajarse su vida para ser auténtica. La Facultad de cultura debería ser el núcleo de la Universidad y de toda la enseñanza superior. Hace falta eliminar de la ciencia lo pedante, excrescencias, ritos y manías exclusivamente alemanes y dejar exenta su porción esencial. Es preciso que el hombre de ciencia deje de ser un bárbaro que sabe mucho de una cosa.

Intentemos "... una nueva integración del saber, que hoy anda hecho pedazos por el mundo." Busquemos una metodología de la enseñanza superior. Los buenos profesores son aquellos que poseen un talento integrador y no los que consideran la enseñanza como horas robadas a la investigación. Ortega y Gasset expresó que ¡no se topó en Alemania con un solo buen maestro!

La quinta y última sección se ocupa de lo que la Universidad tiene que ser "además". El autor resume así sus convicciones:

1. "Se entenderá por Universidad *stricto sensu* la institución en que se enseña al estudiante medio a ser un hombre culto y un buen profesional.
2. La Universidad no tolerará en sus usos farsa ninguna. Solo pretenderá del estudiante lo que prácticamente puede exigírsele.
3. Se evitará, en consecuencia, que el estudiante medio pierda parte de su tiempo en fingir que va a ser un científico.
4. Las disciplinas de cultura y los estudios profesionales serán ofrecidos en forma

pedagógicamente racionalizada –sintética, sistemática y completa–.

5. El rango como investigador no decidirá en la elección del profesorado, sino su talento sintético y sus dotes de profesor.
6. Reducido el aprendizaje al mínimo de cantidad y calidad, la Universidad será inexorable en sus exigencias frente al estudiante.

Para que la cultura y las profesiones no se anquilosen en un sarmentoso escolasticismo, la Universidad necesita mantenerse en contacto con la incesante fermentación de la ciencia y de la investigación. A la Universidad la debe rodear una zona de investigación, pero esa zona no es el centro de la Universidad. "La Universidad tiene que ser antes que Universidad, ciencia". "Una atmósfera cargada de entusiasmos y esfuerzos científicos es el supuesto radical para la existencia de la Universidad." A la Universidad le conviene la excitación animadora del aire libre histórico, "la vida pública necesita urgentemente la intervención en ella de la Universidad como tal".

El Estado depende de las mayorías, y estas de la opinión pública moldeada por la prensa. "La vida real es de cierto pura actualidad, pero la visión periodística deforma esta verdad reduciendo lo actual a lo instantáneo y lo instantáneo a lo resonante," bajo el influjo de los intereses inconfesables de las empresas.

Hace falta que la Universidad intervenga en la actualidad tratando con serenidad los graves problemas del día desde su punto de vista propio, alejado de la frivolidad y la franca estupidez. Entonces volverá a ser la Universidad lo que fue en su hora mejor: un principio promotor de la historia europea".

El desafío perentorio de la Universidad dominicana pasa por formar profesionales y ciudadanos que emprendan el personal combate de comprender y transformar sus circunstancias para resolver originalmente su destino. Lo lograrán, por haber disfrutado la asimilación de un mínimo de saberes y competencias, exigidos de manera inexorable, ofrecidos en forma pedagógicamente racionalizada –sintética, sistemática y completa– sin fingimientos alienantes, por ser competentes para tratar con el mundo, dirigirse a él, actuar en él y ocuparse de él. La Universidad de Ortega y Gasset iba camino de una guerra civil, ¿y la nuestra?

Sirva esta reseña como invitación a leer personalmente "*La Misión de la Universidad*" de Ortega y Gasset para que cada uno pueda "crear sus propias convicciones".